

LOS

# MÁRTIRES,

POEMA

DEL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

PUESTO EN VERSO

Por el Dr. D. Justo Baragano.

TOMO II.

OCURREN

Tipografía de R. Rafael, á cargo de F. Escalante,  
calle de Cadena núm. 13.

1850.

Octava LXXIV

“Que pretende aquel Rey de piel vestido,  
(10) Los reyes. (17) Los Lombardos. (18) Los  
franceses y los Sarracenos. (19) Los Sarracenos.

Octava LXXIII

“A Pablo vi abrir el cielo abierto.”

(20) Respedido de San Pablo tomó San Antonio el  
camino de su monasterio para buscar el monte de San  
Antonio que le había pedido para morada. Entrando  
en el monasterio: “yo no soy mas que un miserable pe-  
rador, hijo Antonio á sus monjes, yo soy indigno de ser  
llamado siervo de Dios. Vi á Elias, vi á San Juan en  
el desierto; en una palabra, vi á Pablo en un Paisano.”  
El temor en que estaba de que el santo ermitaño mu-  
riese durante su ausencia, le hizo volver prontamente  
y no hizo otra cosa mas que entrar en su celdilla para  
tomar al instante. El suceso mostró que su temor era  
fundado, porque en el mismo camino vió el alma del  
bienaventurado Pablo que subia al cielo en medio de  
los Angeles, de los Profetas y de los apóstoles. (Vida  
de San Pablo).

Octava LXXVI

El Profeta de Palmos: la subida

(21) San Juan Evangelista habla de este sitio  
glorioso en el libro del Apocalipsis, que compuso en la  
ciudad de Palmos.

MARTIRES.

BOGIA

DEL VINCENDE DE CHATELLEBRAND

LIBRO EN VERSO

Por el Sr. D. Juan P. de Castro

TOMO II

IMPRESO

Imprenta de M. Wolf & cargo de F. Escalante  
calle de Guberna n.º 13

1830

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Invocacion al Espíritu Santo.—Conjuracion de los demonios contra la Iglesia.—Dioleciano ordena á hacer el censo de los cristianos.—Parte Hierocles para la Acaya.—Amor de Eudoro y de Cimodecea.—Declara esta á su padre que quiere abrazar la religion de los cristianos para ser esposa de Eudoro.—Irresolucion de Demódoco.—Se estiende la noticia de haber llegado Hierocles á la Acaya.—Demódoco consiente en dar su hija á Eudoro para evitar las persecuciones de Hierocles.—Censo de los cristianos en Arcadia.—Hierocles acusa á Eudoro á Dioleciano.—Cimodecea y Demódoco vuelven á Mesenia para cerrar el templo de Homero.

CANTO IX.

I.

Espíritu divino que extendiendo  
Tus alas, el abismo fecundáras  
Los gérmenes de vida difundiendo;  
La luz de las tinieblas separáras  
Un *fiat* de tu voz solo diciendo;  
Mi mente ilustra con tus luces claras,  
Con nueva inspiracion haz que concluya  
Obra que envidia ó tiempo no destruya.

II.

Obligado á cantar en tierra ajeña  
Los himnos de Sion, tengo temido  
Me los deje acabar tan dura pena.  
¡Cuántas veces del sauce he suspendido  
Mi laud, de tristeza el alma llena!  
Mas de Vos la alegría ha descendido  
Que alentando mi Musa, nuevo vuelo  
Le habeis dado, y con él nuevo consuelo.

III.

En pobreza vivió el cantor divino  
Que los héroes de Troya immortaliza;  
En la desgracia el Lusó peregrino  
Mas que á Gama su nombre diviniza;  
Y el vate de Albion se abrió el camino  
Al templo de la gloria, y se eterniza  
Del seno del dolor: ¡raro portentoso!  
La desgracia premió siempre el talento.

IV.

Mas comparar mi númen no pretendo  
Ni al Lusó, ni al Britano, ni Helenista,  
Que en arte y ciencia aventajarme entiendo  
Cuanto en sublimidad mi canto dista.  
Solo Vos, sacro Espíritu, diciendo  
Por boca del Profeta y real Salmista  
Que el loor mas perfecto dió el infante,  
Mi canto proseguir quiero adelante.

V.

El bando tenebroso colocado  
Por Satan contra el sacro baluarte  
En el puesto á cada uno señalado,  
Sopla la ira y furor de toda parte.  
En Roma cada gefe es agitado  
De una negra pasion: presenta Astarte  
A Hierocles con nuevos atractivos  
La hija del cantor de los Argivos.

VI.

Galerio que al poder supremo aspira;  
Arde en indignacion contra el cristiano  
Que el mas firme sosten del trono mira:  
En su ambicion y en su furor insano  
Le estimula Hierócles; nueva ira  
Le da su vieja madre, el culto vano  
Que á deidades campestres ofrecia,  
Viendo disminuirse cada día.

VII.

Cual carnívoro buitro que mirando  
Beber mansa paloma en la corriente  
De las aguas, sus alas agitando,  
Corta los aires rápido, y pendiente  
De la roca un voraz y negro bando  
Le incita con sus gritos inelemente;  
Así excitan los dos á la matanza  
A Galerio dispuesto á la venganza.

VIII.

“¿A qué esperais, dice este á Diocleciano,  
“Que no acabais con esa raza odiosa,  
“Al cielo impía, infiel al soberano?  
“¿Es poco que perviertan vuestra esposa?  
“Ser clemente, será ser inhumano.  
“La riqueza que tienen prodigiosa,  
“Haréis de nuestros dioses el agrado  
“Empleándola en servicio del estado.”

IX.

La prudencia de Diocles es vencida  
Por el cebo que ofrece la codicia,  
Que el alma del anciano, aunque abatida,  
Arde al fuego fatal de la avaricia.  
Al instante la órden fué expedida  
Al que rige la curia pontificia  
De entregar las alhajas que tuviere,  
Y el mismo Emperador al templo ir quiere.

X.

El pontífice augusto Marcelino,  
Viendo llegar al templo al soberano,  
Manda se abran las puertas: de contino  
Sale en tropel el huérfano, el anciano,  
Y otros pobres que cierran el camino.  
“Príncipe! dice el Santo á Diocleciano,  
“Ved aquí de Jesus todo el tesoro,  
“De su Iglesia la joya y collar de oro.” (1)

XI.

Leccion austera, que á la régia frente  
Subir hizo el rubor. Cuando en grandeza  
Vencido de otro un Príncipe se siente,  
Terrible es su furor. Como en belleza  
Quiere la juventud ser eminente,  
Así á los Reyes dió naturaleza  
Instinto á la virtud que el trono esmalta:  
¡Infeliz quien mostrar ose su falta!

XII.

En tanto Satanas con soplo oculto  
Atiza la venganza en Diocleciano,  
La santa libertad tomando á insulto.  
Su alma aterra tambien con signo vano:  
Cesan los sacrificios, cesa el culto;  
Los ministros declaran que el cristiano  
Provoca á la Deidad con su presencia,  
Y que esta amenazaba con su ausencia.

XIII.

Tan pronto de la víctima inmolada  
Sin la cabeza el hígado aparece,  
Y la entraña con pintas señalada;  
Tan pronto ruido lúgubre estremece  
Los antros, y por sí misma cerrada  
La puerta de los templos amanece;  
La fama á cada instante á Roma lleva  
De algun signo fatal la triste nueva.

XIV.

El Nilo de sus aguas ha negado  
El tributo anual; tiembla la tierra;  
Surca el cielo relámpago inflamado;  
Llamas lanza el volcan en la alta sierra;  
El Oriente del hambre es asolado;  
Devasta el Occidente cruda guerra;  
Mil familias la peste fiera enluta:  
Al cristiano el gentil todo esto imputa.

XV.

En medio de las Termas se elevaba  
Un ciprés, á la orilla de una fuente,  
Que una estatua de Rómulo sombreaba.  
Debajo la columna de repente  
Un dragon, cuyo lomo señalaba  
Mancha sangrienta, sale fieramente,  
Llenando el aire con su silbo horrendo,  
Y el tronco del ciprés sube corriendo.

XVI.

En el ramo mas alto, dentro un nido,  
Dos gorriones habia; el monstruo infando  
Los devora; la madre á su chillido  
Acude al rededor revoloteando:  
Bien pronto de las alas la ha cogido  
El horrible reptil, fin de ella dando. (2)  
Este hecho casual contado á Augusto,  
Grande pasmo le causa y grande susto.

XVII.

A Tages llama luego; este le esplica  
De antemano advertido por Galerio:  
“La sierpe el nuevo culto significa,  
“Pronto á tragar al gefe del imperio  
“Con uno y otro César; esto indica  
“De ese arcano recóndito el misterio.  
“Evitad de los Dioses el castigo,  
“Del suelo esterminando á su enemigo.”

XVIII.

El principal aruspice así hablára:  
Entonces la balanza del destino  
El Eterno tomó; leve se hallára  
La suerte de Diocles. (3) Repentino  
Cambio el Emperador en sí repara;  
De la vida acortar siente el camino,  
Y al rigor y crueza mas propenso,  
De los fieles ordena hacer el censo.

XIX.

Galerio se trasporta de alegría  
La sangre correr viendo por torrente  
Del cristiano que en la alma aborrecia:  
El Prefecto y Procónsul diligente  
Marchan á sus gobiernos á porfía.  
Hierócles, mas que todos impaciente,  
A llegar á la Acaya se apresura  
Ardiendo en crueldad y en llama impura.

XX.

Embarcado en el puerto de Tarente,  
Rápido va este mar atravesando  
Que Alcibiades surcó: próspero viento  
Le envían los demonios, deseando  
De la guerra fatal llegue el momento,  
El golfo de Mesenia navegando,  
Su carrera detiene finalmente  
Del Pamiso en la plácida corriente.

XXI.

En tanto que á una nube parecido  
Que forma de la mar negros vapores,  
Hierócles llega al país favorecido  
De los Héroes, envuelto entre furoros,  
A la gruta de Eudoro ha descendido  
El ángel de los cándidos amores,  
Como el hijo supuesto de Ananías (4)  
Por guía se ofreció al jóven Tobías.

XXII.

Cuando quiere el Señor omnipotente  
De amor puro inflamar el pecho humano,  
Al Serafin mas bello y eminente  
Confía este cuidado soberano.  
Su nombre es Uriel; un dardo ardiente  
Del carcax del Señor en una mano,  
La otra blande una antorcha que el Eterno  
En la llama encendió de su amor tierno.

XXIII.

Al mundo no precede su existencia,  
Pues con Eva nació, en el mismo instante  
Que esta mitad del hombre hizo advertencia  
De su ser al mirar la luz radiante.  
En este Serafin la Omnipotencia  
De las gracias dispuso el mas brillante  
Conjunto; la sonrisa delicada  
Del pudor, y del genio la mirada.

XXIV.

Aquel que de su arpon es trasasade,  
O le toca del fuego una pavesa,  
Abraza con transporte enagenado  
La mas heroica accion y ardua empresa.  
La llama de este Espíritu sagrado  
Abrasa el corazon, dejando ilesa  
La razon, á aquel fuego parecida  
Que á seres inmortales da la vida.

XXV.

El ángel del amor su dardo ardiente  
Arroja sobre Eudoro: sus ardores  
Sintió luego en su seno el penitente.  
Mas viénenle á la idea sus errores;  
El pasado extravío está reciente;  
Su corazon se llena de temores,  
Y su virtud creyendo combatida,  
Salvar quiere el peligro con la huida.

XXVI.

Tal, antes de estallar tormenta cruda,  
Cuando todo está en calma hácia la orilla,  
El imprudente bajel al mar no duda,  
Sueltas las velas, entregar su quilla,  
Experto pescador la red anuda,  
Viéndose en plena mar en su barquilla,  
Y su mano robusta al remo dando,  
De la roca el abrigo va buscando.

XXVII.

Mas la llama que Eudoro percibia:  
Era de casto amor; él se admiraba  
De ver la timidez que en sí advertia;  
Cuan grave sentimiento le animaba;  
Que distinto su afecto y alegría  
Del criminal amor. ¡Ay! esclamaba,  
Si pudiera ganar una alma al cielo,  
Qué ventura mayor y qué consuelo!

XXVIII.

Inclinábase el sol al mar de Atlante,  
Alumbrando las islas Fortunadas: (5)  
Demócoco se quiso á aquel instante  
Despedir de Lastenes. Con fundadas  
Rozones le presenta este delante  
Que la noche está llena de emboscadas,  
Y el Antíste consiente en la demora  
Mientras su clara luz vuelve la aurora.

XXIX.

Cimódoce, en su cuarto retirada,  
La relacion de Eudoro recorria.  
En fuego su mejilla es inflamada,  
Sus ojos el insomnio poseia;  
Por fin salta del lecho acalorada,  
Y abandonando el cuarto al jardin guia  
Por gozar de la noche el fresco ambiente;  
Del monte llega luego á la pendiente.

XXX.

En el cielo de Arcadia suspendida  
La luna magestuosa caminaba,  
Ofuscando su luz esclarecida  
Las estrellas: apenas se avistaba  
Alguna que otra acá y allá esparcida  
En la bóveda azul que asemejaba  
A la vista que ofrece un valle umbrío  
Cargado con las perlas del rocío.

XXXI.

Las cumbres del Cileo y del Telfuso,  
Los bosques de Falante y Anemoso,  
Con las crestas del Fólóe difuso,  
Un horizonte hacian vaporoso.  
Sentíase á lo lejos en confuso  
El ruido del torrente estrepitoso,  
Y el Alfeo en la vega parecia  
Que á la ninfa Aretusa perseguia.

XXXII.

Esta noche á Cimódoce acordára  
Aquella en que se halló junto á la fuente  
Al jóven que Endimion se figurára.  
Late su corazon; ma? vivamente  
La nobleza y valor se retratára  
Del hijo de Lasten, y juntamente  
Se recuerda que de él su padre hablando,  
De esoso ha proferido el nombre blando,

XXXIII.

Distraida en su idea, al sitio viene  
En que habia su historia aquel contado:  
Así cuando una cabra del Pirene  
Con el pastor el dia ha sesteado  
En el valle, si luego sobreviene  
Que el aprisco en la noche ha abandonado,  
Al mismo valle va el pastor seguro  
Que está pastando el citiso maduro.

XXXIV.

Poco á poco á la gruta iba llegando  
Del cazador Arcadio: una ondulante  
Sombra mira á la entrada, y reparando,  
Ver se figura á Eudoro; en el instante  
Se para, se estremece, y vacilando,  
Ni puede huir, ni puede ir adelante.  
Eudoro es en efecto que en su gruta  
El feudo del dolor á Dios tributa.

XXXV.

Mas luego que á Cimódoce percibe,  
Y ve que va á caer, corre lijero  
Y en sus brazos abiertos la recibe.  
Apenas el cristiano grave, austero,  
Estrecharla en su seno se prohíbe,  
Que herido el corazon de amor sincero,  
Solo ganar una alma deseára,  
Y del cielo obtener esposa cara.

XXXVI.

Cual cordero de espina lacerado  
Que un pastor lleva en brazo á la majada,  
Así Eudoro á Cimódoce abrazado,  
La introduce en la gruta. Recobrada:  
“Perdóname, le dice, si he turbado  
“Otra vez tus misterios, que extraviada  
“Como la vez primera he sido ahora  
“Por oculta Deidad que mi alma ignora.”

XXXVII.

“Ese Dios es mi Dios, responde Eudoro,  
“Que te busca, y quizás que seas mia  
“Dispone en su bondad que humilde adoro.”  
“Ah! contesta la vírgen, quién podria  
“Semejante ilusion!...tu fé, no ignoro,  
“De las hijas los jóvenes desvía,  
“Prohibiendo el amor: tú no has querido  
“Sino cuando á tu Dios infiel has sido.”

XXXVIII.

“Yo no amé con verdad, Eudoro exclama,  
 “En tanto que mi ley he quebrantado:  
 “Bien lo conozco ahora, ahora que en llama  
 “De amor puro mi pecho es abrasado.”  
 Bálsamo que en la herida se derrama,  
 O el agua que refresca al fatigado  
 Caminante, mas gozo no destella  
 Que el que da este discurso á la doncella.

XXXIX.

Como se alzan dos álamos frondosos  
 Sobre fuente que claro raudal lleva,  
 En noche estiva, quietos, silenciosos,  
 Sin que el aire sus anchas hojas mueva;  
 De esta suerte los Mártires esposos  
 Estaban á la entrada de la cueva  
 Inmóviles y mudos en sosiego.  
 La doncella rompió el silencio luego:

XI.

“Perdona la pregunta inoportuna  
 “De una jóven que en nada ciencia tiene.  
 “La doncella no sabe cosa alguna  
 “Del mundo, si á bordar velos no viene  
 “A casa de la amiga, ó en la tribuna  
 “Del templo y los teatros se entretiene:  
 “Mas yo nunca dejé á mi padre amado,  
 “De Inmortales pontífice sagrado.

XLI.

“Dime, (pues tu doctrina amar consiente)  
 “¿Venus cristiana hay? ¿Tambien tiene ella  
 “Su carro y sus palomas igualmente?  
 “¿El deseo, el desden, tierna querella,  
 “Un furtivo mirar, chanza inocente,  
 “La sonrisa que agracia á la doncella, (6)  
 “Esconde en su cintura bajo el velo,  
 “Segun lo canta mi divino abuelo?

XLII.

“¿La ira de esa Venus es tan viva  
 “Que fuerce á andar en busca del amante;  
 “Y entrarle al paternal techo furtiva?  
 “¿Es en el tierno amor siempre constante?  
 “¿Es desdeñosa á veces? ¿Quizá esquiva  
 “Al filtro recurrir fuerza inconstante,  
 “Cantar la luna, conjurar la puerta,  
 “Para ver si el amor frio despierta?

XLIII.

“Cristiano, acaso ignoras que á Cupido;  
 “Hijo suyo nutrió leche de hiena;  
 “Que su arco es de fresno endurecido,  
 “Y de ciprés la flecha que envenena;  
 “Que encima del leon se sienta erguido,  
 “Doma el centauro, Hércules enfrena,  
 “Tiene alas, y sigue á toda parte  
 “La elocuencia y valor, Mercurio y Marte.”